

PONÇ DE SANTA PAU (†1352)
Y SU *TRANSLATIO CORPORIS*:
HISTORIA DE UNA IDA Y DE UNA VUELTA

Alberto Reche Ontillera
Universitat Autònoma de Barcelona
Alberto.Reche@uab.cat

Durante el invierno de 1350 Génova y Venecia comenzaron a mover sus fichas. Como tantas otras veces, lo que estaba en juego era la hegemonía comercial y el control de las redes económicas que se tejían de orilla a orilla del Mediterráneo, y más allá. Y esta vez, como venía ocurriendo desde hacía un par de generaciones, el rey de Aragón era una de las piezas claves de la partida, como lo muestra el viaje de un embajador veneciano, Giovanni Steno, para convencer a Pedro el Ceremonioso a mover una alianza militar contra Génova. El objetivo era claro: desbaratar el control que ésta tenía sobre Constantinopla y su puerto. Y es que los beneficios comerciales de la colonia genovesa del Gálata sextuplicaban, ya en 1337, a los obtenidos por el emperador en el resto de la ciudad (Meloni, 1971, p. 58).

¿Y qué ganaba el Ceremonioso al aliarse a Venecia? Por un lado apoyo económico, ya que la ciudad italiana se ocuparía de un tercio de los gastos de la flota que aportara el rey; por el otro, distraer la atención de Génova del avispero sardo, en vistas a planificar sus propias campañas militares en la isla.

Sea como sea, se pactó una coalición en la que la Corona se comprometía a aportar una treintena de galeras para actuar en la parte oriental del Mediterráneo. Y el mando de la flota se entregó, el 29 de enero de 1351, al noble Ponç de Santapau¹. Éste no era, ni mucho menos, un desconocido en los círculos políticos y militares de la Corona. El propio rey lo había calificado de *strenuum bellator et habilis* y había ganado buena parte de su fama en las campañas en Cerdeña. Incluso, en 1347, después del desenlace de la batalla de Aidu de Turdu, fue nombrado *veguer* de Cagliari y, a partir de 1349, gobernador temporal de la isla (Meloni, 1971, p. 46). De esta gobernación fue relevado por un período de dos años, precisamente, el 16 de enero de 1351². Apenas quince días después de su nombramiento como capitán general de la flota. Es decir, se le retiraba momentáneamente de su cargo

¹ ACA, Canc. Reg. 962, fols. 75v-76r (Gallofre y Trenchs, 1989, doc. 88).

² ACA, Reial Patrimoni. Pergamins, nº 245.

en Cerdeña porque era la persona adecuada para dirigir la flota en esa expedición a medio camino entre lo militar y lo político que la Corona se traía entre manos.

No es momento hoy de desgranar los detalles técnicos de la expedición ni sus peripecias. Me interesa hablar, por aquello de la *translatio*, de lo que le sucedió al bueno de Ponç de Santapau en ese ir y venir que es, en definitiva, toda campaña militar. Puede parecer raro, pero el estudio de esta campaña nos permitirá lanzar algunas reflexiones curiosas sobre las prácticas mortuorias de la nobleza catalana de la época y su representación. Y es que, como ya os podéis imaginar, Ponç de Santapau murió durante la expedición.

Como buen noble guerrero de la época, murió como tocaba; por las heridas recibidas en combate. Un combate, la batalla naval del Bósforo, ciertamente caótico. Imaginemos la escena: cerca de 120 galeras combatiendo frente a Constantinopla, en una noche de tormenta, en pleno febrero. Y en este escenario, Ponç de Santapau tuvo una actuación épica, como nos recuerda en su crónica el emperador Juan Cantacuzenus, testigo directo de los hechos. El combate, tras una serie de repliegues tácticos de la flota genovesa, lo iniciaron precisamente las galeras catalanas al mando de Ponç de Santa Pau y del vicealmirante de Cataluña, Bonanat Descoll. Sorpresivamente, cargaron aupados por el viento contra las galeras genovesas en una acción que sirvió para romper la línea defensiva en torno a la galera comandante y disparó el combate. La bravura de Ponç de Santapau le valió unas elogiosas palabras del emperador: no sólo agudo tácticamente y versado en dotes de mando, sino también virtuoso y generoso en el combate. Unas líneas que bien podría haber atribuido Joanot Martorell, por boca de un ficticio emperador bizantino, a Tirant lo Blanc.

Pero el resultado de la batalla fue cruel con Ponç de Santapau. La batalla *se féu desregladament e en temps desordenat* (Pere el Cerimoniós, 1984, p. 174) y fue gravemente herido. Tanto, que días después de la batalla lo encontramos encamado y delegando a sus vicealmirantes la gestión de la flota. Tanto, que pocos días después murió.

El gran capitán valeroso y virtuoso, ensalzado por reyes y emperadores, que se había mostrado implacable en el campo de batalla, había muerto. Y aquí empiezan las divergencias en la documentación. La Crónica del Ceremonioso, por ejemplo, con apenas unas líneas de diferencia nos da dos versiones de lo que se hizo con el cuerpo de Ponç de Santapau. Se afirma tanto que fue *honorablement soterrat* en Constantinopla, antes de partir, como que la expedición traía, de regreso, *la ossa del dit noble* (Pere el Cerimoniós, 1984, p. 174)³. Aparentemente una contradicción, pero que como veremos quizás no lo fuera tanto.

³ Por su parte Meloni, siguiendo la documentación del ACA, afirma que la galera en la que viajaba el cuerpo de Ponç de Santapau fue capturada por diez galeras genovesas frente al *Port de Jonchs*,

Y es que lo que tenemos entre manos es una muestra de *mos teutonicus*, una práctica que si bien prohibida expresamente por el papado en 1300, se continuó practicando esporádicamente durante los siglos XIV y XV en ciertos sectores nobiliarios, como nos recuerda Huizinga (Huizinga, 2005, p. 191).

La práctica es bien conocida por su aplicación durante las cruzadas por los nobles alemanes; de ahí su nombre. El cadáver era desmembrado y las distintas partes hervidas en agua o vino durante algunas horas. Así, la carne se separaba del hueso y, con poco trabajo más, se obtenía un esqueleto limpio. La carne y las vísceras se enterraban *in situ* mientras que los huesos eran transportados de vuelta a casa para ser enterrados solemnemente, quizás transportados en algún cofrecito. Como se puede ver, el procedimiento concuerda con lo dicho por el Ceremonioso: un enterramiento en Constantinopla y el transporte de *la ossa* de Ponç de Santapau de vuelta a casa. No concuerda, por el contrario, con el otro método preferido para el transporte de cadáveres, la embalsamación (Westerhof, 2008, p. 79).

La práctica del *mos teutonicus* fue ampliamente condenada por la Iglesia, sobre todo a raíz de las disposiciones de Bonifacio VIII en 1299 y 1300, que lo calificaba de *mos horribilis* y de práctica truculenta. En el fondo lo que había en disputa era dos posturas enfrentadas: la eclesiástica y la nobiliaria. La una defendía la preservación del cuerpo, en vistas a su resurrección el día del Juicio Final (Brown, 1981), la otra buscaba los mecanismos adecuados a la satisfacción de sus prácticas funerarias y de representación familiar. En definitiva, una identidad. Incluso con personajes tan vinculados a la Iglesia como San Luis se optó, en 1270, por el *mos teutonicus*, lo que nos lleva a valorar el papel de las prácticas nobiliarias ante la muerte como autónomas, en cierta forma, del discurso eclesiástico o, al menos, en diálogo constante con éste. Se podrá objetar que ejemplos como el de San Luis son anteriores a la prohibición, aunque lo cierto es que la práctica se documenta si no con frecuencia si con cierta asiduidad a lo largo de los siglos XIV y XV. El propio Huizinga recuerda algunos ejemplos ingleses en los cuales, tras la muerte en territorio francés durante la Guerra de los Cien Años, se optó por la aplicación del *mos teutonicus*. Un hecho que nos indica que no era una práctica desconocida entre los nobles que marchaban a la guerra a tierras lejanas. Se optó por la aplicación del *mos teutonicus* en los casos de Eduardo de York y Michael de la Pole, conde de Suffolk, muertos durante la batalla de Azincourt; con Enrique V tras su muerte en el castillo de Vincennes, con William Glasdale, ahogado en Orleans, o con John Fastolfe, que cayó en el asedio de Saint-Denis (Huizinga, 2005, p. 191). Estudios recientes sobre la muerte y las prácticas funerarias de los nobles ingleses también han arrojado nueva luz sobre el tema (Westerhof, 2008).

la actual Navarino (Meloni, 1971, p. 116).

En el caso de los huesos de Ponç de Santapau, fueron transportados durante la primavera de 1352 en una de las galeras que regresaban a casa. Lamentablemente, esta galera, la de Ramon de Sant Vicenç, fue capturada por unas naves genovesas y del osario del capitán no volvemos a saber nada más. Con todo, la historia de la muerte de Ponç de Santapau no acaba aquí. Aún sin los huesos, queda una última cosa que hacer.

Bonanat Descoll y Guillem Morey, dos de los personajes directamente responsables de los destinos de la flota después de la muerte de Ponç de Santapau, se entrevistan con el rey apenas llegan a tierra. Viajan a Zaragoza y, desde allí, acompañan al rey y su corte hasta Valencia. Por el camino, se revisan las cuentas de la expedición y se entrevistan con el rey repetidas veces para explicar los detalles del viaje. Estos relatos, como ya expliqué en otra parte, formarán la base oral sobre la que, años después, el Ceremonioso construirá los detalles de su relato sobre la expedición al Bósforo (Reche, 2009, p. 33). Pues bien, con Bonanat y Guillem a su lado, el rey ordena hacer venir con total urgencia a Sibil·la de Santapau, la mujer del difunto. La reunión debía tener lugar en Zaragoza, aunque la noble catalana fue incapaz de llegar a tiempo; la corte ya había partido hacia Valencia. El Ceremonioso, no obstante, insiste: ordena a los jurados de Zaragoza que entreguen a la noble *bèsties de sella e de bast*, para que pueda salir al encuentro del monarca lo antes posible⁴. Seguramente la prisa viene por un motivo bien sencillo: la necesidad de que escuche todo aquello que han de contarle sobre el viaje y sus últimos momentos Bonanat y Guillem, los hombres que estuvieron junto a su marido en sus últimos momentos, vivieron sus hazañas en combate y compartieron con él la larga travesía hasta Constantinopla. Es necesario que, dentro del linaje, quede fijada la memoria del noble y de su muerte. Las prácticas nobiliarias en torno a la muerte giraban no sólo en torno al cadáver y su representación sino también en torno a la evocación, cuando existían, de sus virtudes caballerescas. Unas virtudes no siempre presentes entre una nobleza cada vez más alejada de la épica y más centrada en los entresijos de la administración y de la corte.

Es una lástima que dichos comentarios no se conservaran por escrito ni que la figura de Ponç de Santa Pau generara una evocación literaria. El personaje bien lo hubiera merecido. Sin duda se habría unido a esa extraña lista de héroes tan caros al mundo catalán, a caballo entre la realidad y la ficción, de la que Roger de Flor y Tirant lo Blanc son los referentes ineludibles.

⁴ ACA, Canc. Reg. 1142, fol. 6v.

BIBLIOGRAFÍA

- Brown, E., 1981: "Death and the Human Body in the Later Middle Ages: The Legislation of Boniface VIII on the Division of the Corpse", *Viator*, 12, pp. 221-270.
- Cabezuelo Pliego, J. V., 2006: "Diplomacia y guerra en el Mediterráneo medieval. La liga véneto-aragonesa contra Génova de 1351", *Anuario de Estudios Medievales*, nº 36/1, pp. 253-294.
- Costa i Paredes, M.-M., 1974: "Sulla battaglia del Bosforo", *Studi veneziani*, 14, Firenze, pp. 197-210.
- Gallofré, R., i Trenchs, J., 1989: "Almirantes y vicealmirantes de la Corona de Aragón", *Miscel·lània de Textos Medievals*, 5, p. 117-194.
- Huizinga, J., 2005: *El Otoño de la Edad Media*, Madrid.
- Meloni, G., 1971, 1976, 1982: *Genova e Aragona all'epoca di Pietro il Cerimonioso*, Padova, 3 vols.
- Pere el Cermoniós, 1984: *Crònica*, Barcelona.
- Reche Ontillera, A., 2009: *Guillem Morey, un vicealmirante para Cataluña (1351-1364)*, Tesina inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Sans y Barutell, J., 1851: "Documentos concernientes a la armada que en 1351 mandó aprestar el rey don Pedro IV de Aragón en contra de Genoveses", en *Memorial Histórico Español*, II, Madrid, pp. 291 ss.
- Westerhof, D., 2008: *Death and the noble body in Medieval England*, Woodbridge.

